

Cardenal Dr. D. Isidro Gomá y Tomás

ÚLTIMOS DIAS DEL MINISTERIO DE JESUS

157.- JESÚS SE DIRIGE TRIUNFALMENTE A JERUSALÉN: Mt. 21, 1-9
(Mc. 11, 1-10; Lc. 19, 29-38; Ioh. 12, 12-16)

Evangelio de la bendición de las Palmas del Domingo de Ramos

*Y al día siguiente, cuando se acercaron a Jerusalén, y llegaron a Betfagé, al Monte de los Olivos, envió entonces Jesús a dos discípulos, diciéndoles: Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego, al entrar allí, hallaréis una asna atada, y con ella un pollino atado, sobre el que no montó aún hombre alguno: desatadlos y traédmelos. Y si alguien os dijere alguna cosa: ¿Qué hacéis? ¿Por qué los desatáis?, responded que el Señor los ha menester: y luego los dejará. Todo esto sucedió para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta: «Decid a la hija de Sión: No temas: he aquí que viene a ti tu Rey, manso y sentado sobre una asna, y sobre un pollino hijo de la que está debajo de yugo.» Esto no lo entendieron sus discípulos al principio: pero, cuando fue glorificado Jesús, entonces recordaron que de él estaban escritas estas cosas, y que esto le hicieron. Y fueron, pues, los discípulos, e hicieron como les había mandado Jesús. Y hallaron el pollino que estaba como les había dicho, atado delante de **la puerta**, fuera, en la encrucijada, y desátanlo: y cuando desataban el pollino, dijéronles algunos de los que allí estaban, los dueños de él: ¿Por qué desatáis el pollino? Ellos respondieron como Jesús les había mandado: que el Señor lo ha menester: y se lo dejaron. Y condujeron el asna y el pollino a Jesús: y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le hicieron sentar encima.*

*Y según él caminaba, una gran muchedumbre tendió sus vestidos en el camino: y otros cortaban ramos de árboles, y los esparcían por el camino. Y cuando se acercaba a la bajada del Monte de los Olivos, toda la muchedumbre de discípulos, llenos de gozo, comenzaron a alabar a Dios en alta voz, por todas las maravillas que habían visto. Y la muchedumbre que iba delante, y la que iba detrás, gritaba diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el Reino que llega de nuestro padre David! ¡Paz **en los cielos** hosanna y gloria en las alturas!*

Una gran muchedumbre de gente que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús estaba para llegar a Jerusalén, tomaron ramos de palmas, y salieron a su encuentro, gritando: ¡Hosanna! Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!

Explicación. — El hecho que aquí se narra tiene lugar, según toda probabilidad, el día 10 de Nisán, cinco días antes de la pascua, coincidiendo con nuestro domingo de Ramos, según venerable tradición litúrgica y eclesiástica. La hora no se precisa en ninguno de los Evangelios: de Mc. 11,

11, se colige que tuvo lugar por la tarde, durando probablemente algunas horas. Los cuatro Evangelios concurren a esta narración, ofreciendo cada uno de ellos diversas particularidades: el conjunto nos da animadísimo cuadro que reproduce aquel hecho trascendental de la vida de Jesús. Ya se ha notado en otro lugar (vol. I, pág. 218) el simbolismo de esta entrada triunfal de Jesús en Jerusalén: es la designación y preparación festiva del Cordero, que tenía lugar cinco días antes de la Pascua; Jesús, el Cordero de Dios, es aquel día designado como víctima para la redención del mundo. Es, además, este triunfo, que tiene lugar el primer día de la semana, preludio del triunfo definitivo de Jesús sobre la muerte, que tendrá lugar el mismo día de la semana siguiente.

PREPARATIVOS DEL TRIUNFO (1-6). — De Betania salió Jesús *al día siguiente* del convite habido en casa de Simón el leproso, para hacer su triunfal entrada en la ciudad. Hora escasa de camino separa la villa de Lázaro de la capital judía; entre ambas, y ya cerca de Jerusalén, hasta el punto de que los talmudistas la consideraran como parte de la ciudad, se hallaba la aldea de Betfagé, o «casa de los higos» : abundaban las higueras en el Monte de los Olivos, donde la aldea estaba emplazada y que separa Jerusalén de Betania : *Y cuando se acercaron a Jerusalén*, por la parte oriente, siguiendo el camino de Jericó, y *llegaron a Betfagé, al Monte de los Olivos...* Es entonces cuando toma Jesús la iniciativa de la ruidosa manifestación triunfal que se le prepara. Es un designio divino en que aparece el Señor y el Profeta que quiere públicamente ser reconocido y aclamado por Mesías. Marcos da aquí esta indicación geográfica : «Y al acercarse Jesús a Jerusalén y Betania...» ; y Lucas esta otra: «Y al acercarse a Betfagé y Betania...» ¿Cómo, saliendo Jesús de Betania, donde acaba de asistir a convite, aquel en que María ungió sus pies (núm. 156), se acerca a Betania? Porque siguiendo de oriente a occidente primero es Betania, luego Betfagé, a un kilómetro, y después Jerusalén, a dos escasos. Entre las varias explicaciones de éstos parajes, optamos por la que supone que los Evangelistas tratan de localizar o definir la región donde tuvo lugar esta ovación de Jesús, que empieza cerca de Betania y acaba en el templo de Jerusalén, pasando por Betfagé.

Cuando la comitiva que había salido de Betania se hallaba frente por frente de Betfagé, *envió entonces*, indicación enfática del momento verdaderamente histórico, *Jesús a dos discípulos*: creen algunos que eran Pedro y Juan, pero no hay razón histórica que lo abone, callando los Evangelistas los nombres : *diciéndoles: Id a la aldea que está enfrente de vosotros*, Betfagé, y *luego, al entrar allí, hallaréis una asna atada, y con ella un pollino atado, sobre el que no montó aún hombre alguno: desatadlos y traédmelos*. Demuéstrase en ello Jesús conocedor de las cosas ocultas y distantes: no había precedido pacto alguno con el dueño de los animales, como han pretendido algunos. Jesús, que siempre había recorrido a pie los duros caminos de la Palestina, quiere ahora entrar montado en la populosa ciudad, rebosante de gente: es su voluntad decidida de manifestarse como Mesías. Manifestación de carácter religioso, como lo demuestra el hecho de que monte en un pollino que nadie ha utilizado aún para este fin, como se hacía con los animales que se consagraban a Dios. *Y si alguien os dijere alguna cosa: ¿Qué hacéis? ¿Por qué lo desatáis?, responded que el Señor, Dueño de todas las cosas, los ha*

menester: y luego los dejará, como sucedió, revelándose Jesús profeta y dueño de las voluntades, que se inclinan hacia donde Él quiere.

Mateo y Juan señalan en este hecho la realización de una profecía: *Todo esto sucedió para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta: «Decid a la hija de Sión... (Is. 62, 11); la hija de Sión es locución poética para designara Jerusalén y sus habitantes. Sión es una de las principales, colinas sobre que la ciudad está edificada: No temas: he aquí que viene a tí tu Rey, manso y sentado sobre una asna, y sobre un pollino hijo de la que está debajo de yugo»*, locución poética también para designar el asna. La alegación del texto (Zach 9, 9) es más bien en su sentido que en la letra. Nota aquí Juan que se realizaban todas estas cosas sin que los discípulos se diesen cuenta de que se verificaba un vaticinio: *Esto no lo entendieron sus discípulos al principio*, cuando sucedieron los hechos: *pero, cuando fue glorificado Jesús, entonces recordaron que de él estaban escritas estas cosas, y que esto le hicieron*; es decir, que cuando vino sobre ellos el Espíritu de Dios que les enseñó toda verdad (Ioh. 16, 13), o ya antes, cuando Jesús les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras, conocieron la relación entre el hecho y la profecía.

Los discípulos que para ello habían sido designados por el Maestro, fueron a Betfagé, anticipándose a la comitiva, y cumplieron el encargo de Jesús: *Y fueron, pues, los discípulos, e hicieron como les había mandado Jesús*. El cuadro que a la vista se les ofrece al llegar a aquel sitio es reproducción de la pintura que les ha hecho Jesús: *Y hallaron el pollino que estaba como les había dicho, atado delante de la puerta, como suelen tener los dueños las bestezuelas ante sus alquerías, fuera, en la encrucijada, en el camino que conducía a la casa, y desátanlo*. Tal vez esta nimiedad de detalles legitima la presunción de que Pedro, inspirador de Marcos, fue uno de los enviados.

Sucedió a los discípulos enviados lo que era natural, tratándose de gente forastera: *Y cuando desataban el pollino, dijéronles algunos de los que allí estaban, los dueños de él: ¿Por qué desatáis el pollino?* Los discípulos cumplen escrupulosamente el encargo que les ha dado Jesús: *Ellos respondieron como Jesús les había mandado: que el Señor lo ha menester*. Los dueños nada replican; una gracia de Dios hace que consientan: *Y se lo dejaron*.

Jesús sólo debía utilizar el pollino: el asna madre iría a los flancos de Jesús, para que fuese dócil y manso el asnillo llevando la santísima persona del Señor. Nótese que Mt. habla del asna y del pollino; Mc. y Lc., sólo del pollino; no hay contradicción alguna: los dos últimos Evangelistas sólo se fijan en la cabalgadura que usó Jesús. Por lo demás, el asno de oriente no era el animal innoble de nuestros países; a más de que es más esbelto de formas y más vivaz, los antiguos lo habían usado como cabalgadura de nobles: así lo hizo Abraham (Gen. 22, 3), Moisés (Ex. 4, 20), Balaam (Num. 22, 21), los príncipes de Israel en el cántico de Débora (Iud. 5, 10), etc. En el uso del asnillo hay una razón de simbolismo: la paz, la mansedumbre, la humildad, la naturaleza del Reino mesiánico vienen figurados en ello, por oposición a los caballos de guerra, ricamente enjaezados y fuertemente protegidos,

símbolo de la fuerza y del orgullo de los humanos conquistadores.

DETALLES DEL TRIUNFO (7-9).-Y *condujeron*, los discípulos, regresando de Betfagé, *el asna y el pollino a Jesús*, es de suponer con gran reverencia y temor, al ver la prodigiosa manera como se desarrollaban los hechos: *Y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le hicieron sentar encima*, de los vestidos o mantos exteriores, ayudándole a montar. Los otros tres Evangelistas sólo nombran al pollino, sobre el que indudablemente se sentó Jesús (Mc. 11, 7; Lc. 19, 35; Ioh. 12-14): sencillamente enjaezados ambos animalejos, el joven sirvió de montura al Señor, mientras el asna daba humilde escolta al divino Triunfador.

Púsose la comitiva en marcha: *Y según él caminaba, una gran muchedumbre*, que había seguido a Jesús desde Betania, y los que desde Jerusalén habían salido a recibir al Señor, *tendió también sus vestidos en el camino*: así lo habían hecho los israelitas otro tiempo con Jehú ungido rey (4 Reg. 9, 12.13): es señal de gran honor. *Y otros cortaban ramos de árboles, y los esparcían por el camino*, como acostumbraban los antiguos hacerlo en las pompas solemnes (1 Mac. 13, 51; 2 Mac. 10, 7): como aun hoy sembramos de flores y hierbas aromáticas las calles al paso de las personas reales o de las procesiones religiosas.

Así llegaron las multitudes, ya llenas de entusiasmo, al punto del Monte de los Olivos en que se domina ya plenamente la ciudad y en que se inicia la bajada hacia el Cedrón; entonces se hizo clamoroso el entusiasmo: *Y cuando se acercaba a la bajada del Monte de los Olivos, toda la muchedumbre de discípulos, llenos de gozo, comenzaron a alabar a Dios en alta voz, por todas las maravillas que habían visto*: es el mismo Jesús quien mueve los ánimos de aquellas gentes para que prorrumpen en voces de alabanza y júbilo: *Y la muchedumbre que iba delante, y la que iba detrás*, en lo que quizá se designan las dos comitivas que acababan de encontrarse, la que venía de Betania y la que salía de Jerusalén, *gritaba diciendo...* Los gritos de la multitud serían variadísimos, como se colige de los diversos textos paralelos, y eran expresivos de la mesianidad y de la realeza de Jesús. *¡Hosanna al Hijo de David!*, prosperidad y salud para el real descendiente de David, para que pueda llevar a feliz término la obra del Reino mesiánico: *¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor!* Vengan las bendiciones de Dios sobre el Enviado para la salvación de Israel: *¡Bendito el Reino que llega de nuestro padre David!* *¡Paz en los cielos!*, porque nos ha venido la reconciliación con Dios. *¡Hosanna*, o salvación desde los cielos, para El y para el pueblo, y *gloria en las alturas!*, efecto de la salvación mesiánica.

Juan corrobora la interpretación de las dos comitivas, la que va y la que viene de Jerusalén, formando manifestación imponente en favor del gran Taumaturgo, de quien se espera la restauración del Reino mesiánico: *Una gran muchedumbre de gente que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús estaba para llegar a Jerusalén...* Es espléndido el marco para la glorificación de Jesús: todo Israel se ha congregado en la capital para la gran fiesta de Pascua. Las palmeras, que abundarían en el valle de Cedrón, prestáronles a las multitudes el símbolo del triunfo: *Tomaron ramos de*

palmas, y salieron a su encuentro, gritando: ¡Hosanna! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!, por cuyo advenimiento suspiró hasta ahora nuestro pueblo.

Lecciones morales. — A) v. 3. — *Responded que el Señor los ha menester...*

— No es poca cosa lo que con estas palabras se anuncia, dice el Crisóstomo: porque, ¿quién inclinó sus ánimos para que no contradijesen a los discípulos que desataban los jumentos, antes se los cediesen de buen grado? En lo que enseña a los discípulos que si hubiese querido hubiese también inclinado en su favor las voluntades de los judíos para que no le dañaran, pero no quiso. Les enseña además a dar a los otros cuanto pidan: porque si los que no conocían a Cristo lo hicieron, ¿cuánto más los discípulos de Jesús? Parece, añade el Santo, que los animales fueron devueltos a su dueño después que los hubo utilizado el Señor.

B) v. 5.—*He aquí que viene a ti tu Rey, manso...* — He aquí, sigue el Crisóstomo, que debes ver no con los ojos de la carne, sino con los del espíritu, atendiendo no a las apariencias, sino a las obras del que viene a ti. Y a ti viene para salvarte, si tienes inteligencia; para perderte, si careces de ella, no comprendiendo su persona y su misión. Y viene a ti mismo no para que le temas por su poder, sino para que le ames por su mansedumbre. Por ello no viene sentado sobre carroza de oro, vestido de brillante púrpura: ni monta indómito caballo, amator de luchas y batallas, sino sobre un asnillo, amigo de la tranquilidad y de la paz. ¡Cómo podemos aplicar con mucho fruto a nuestra alma estas palabras en las venidas espirituales de Jesús, en los toques de su gracia, en las lecciones de la vida, y especialmente en sus visitas por la comunión eucarística! ¡Cuánta es la mansedumbre y benignidad de Jesús para con nosotros!

C) v. 7. — *Y pusieron sobre ellos sus vestidos...* — Nos da en ello Jesús, sigue el Crisóstomo, una medida de sabiduría y prudencia, usando sólo aquello que es de necesidad, no lo que hubiese sido ya ostentación y lujo. Bastó que montara un asno, y no quiso que fuese un caballo; pudo utilizar ricas gualdrapas para enjaezar su montura, y se contentó con las pobres capas de sus discípulos; pudieron alzarle en vilo las muchedumbres entusiasmadas y entrarle así triunfalmente en la ciudad, y quiso que fuesen sus Apóstoles los que penosamente le ayudaran a cabalgar sobre el humilde pollino.

D) v. 9. — *¡Hosanna al Hijo de David!*— Se compendian en este grito todas las glorias y todos los anhelos del pueblo de Israel. Porque en la raza de David estaban vinculadas las esperanzas del pueblo de Dios; de la descendencia del gran rey debía nacer el Mesías que debía fundar el reino espiritual definitivo y eterno. El pueblo que vitorea a Jesús, sea por una convicción hija de la visión de las grandes maravillas obradas por el Señor, sea porque moviera sus ánimos el mismo Jesús, adivina la realidad del Mesías, a quien glorifica; por ello grita: « ¡ Hosanna!», «que venga la salvación», por el Hijo de David; ¡Bendito (que sea glorificado) el que viene (por la encarnación) en el nombre del Señor! (es decir, del padre), que le glorifica, dice la Glosa. Pero aquel mismo pueblo, infiel a la gracia de Dios,

prevarica aquella misma semana y grita: ¡Crucifícale!, y pide que su sangre caiga sobre él y sus hijos. Lo que debía ser la salvación de Israel vino a parar en causa de su ruina. Es la obra de la veleidad humana y de los justos juicios de Dios.

(Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, *El Evangelio Explicado*, Vol. II, Ed. Acervo, 6ª ed., Barcelona, 1966)